

# JUICIO DE IMPRENTA



La copiosa cuanto intempestiva lluvia obligó á suspender las carreras, y al atardecer no quedaban arriba de 20 personas en la pulperia.

Algunos "rialudos" adueñáronse de las dos únicas carpas de vivanderos, entregándose á "truco" barullentos ó á sienciosas partidas de monte, mientras la chusma, refugiada en la "glorieta", derrochaba charla y ginebra.

Más de una docena de harapientos habíanse juntado allí: y si bien todos metían baza, gritando, como es de estilo, el tallador era el viejo Malaquías.

Menguado en carnes cuanto opulento en pelos, presentaba Malaquías una simpática y original fisonomía. Sus grandes ojos pardos, rebosantes de malicia, parecían reir siempre, con una risa burlona y despectiva. Con su cara larga y flaca, con su nariz curva y fina, ofrecía un cierto aspecto de pájaro—de urraca—decían algunos.

Sus cuentos sabrosos, su charla amena, sus hirientes invectivas, permitiéndole vivir de gorra, vagando de rancho en rancho y de pulperia en pulperia, sin más bien que su yegüita tubiana y su "recado de negro".

Sin ser muy vasto su repertorio, sabía él variar sus historias, renovando los dicharachos y adjuntando episodios inéditos. Pero de todas ellas, la más grata al paisanaje era la del juicio de imprenta, en que había actuado como protagonista.

Aquella tarde, el auditorio, saturado de alcohol, le había exigido relatos escandalosos—de los cuales tenía buen acopio,—pero al fin clamaron por la famosa aventura, que los encantaba, como todas las diabluras, como todas las vivezas gauchas.

Condescendiente, Malaquías apuró un vaso de ginebra y dió comienzo así:

—Güeno, ustedes han de saber que á mí siempre me gustó refregarme con la gente, y como no soy muy negao del todo, algo había de pegarse mi por Juezza. Siendo potrillo estuve de plón coa Luis Peralta, un procurador más fino que chiflido de águila y capaz de correrla parejo con cualquiera dotor en leyes... Güeno, mientras mi hombre se pasiaba por la pieza, ditiéndole cosas de papel sellao al galleguito escribidor, yo le acarriaba mate y al mismo tiempo m'estrufía escuchandole... Si me hubiese dado por aprender á leer y escribir, á esta fecha yo sería algo: empliao de tienda, deputao... ¡quién sabe!...

—Mentira!—interrumpió el sargento, que, emponchado y de pie junto á la puerta de la glorieta, miraba llover con filosófica tranquilidad.

—No es mentira, sargento!—replicó ofendido el narrador.

Rió el otro y compuso:

—Digo... ¡mentira! para que llueva con tanto vierto!

Dándose por satisfecho don Malaquías prosiguió:

—Después dentro de mucho de un vasco, dotor de medicina, que se le pasaba dia y noche jugando al "mus" en la trastienda del boticario, y yo cebándoles mate aprendí...

—¿Medicina?...

—No, á jugar macanudo al "mus"... Pero la querencia me tironeaba y un mal día enderecé pal campo y anduve una punta de años de monteador, de esquilador, de carrero y pión de estancia, hasta que una vez que

juimos con tropa me quedé en el pueblo enlazao en las trenzas de una rubia orillera... Y andaba más cortao que oveja trasquilada por gringo, cuando me conchavé pa cuidarle los parejeros a un dotorcito que tenía un diario contra el gobierno... ¡Y aquí viene el cue

to!... Sucedé que un dia mi patrón

puso en el diario un escrito bárbaro

meniándole leña al comesario, y el co

mesario al no más le encajó un pleito.

Entonces, mi patrón, el dotor, me llamó y me dijo:

—Te doy cincuenta del país si

animás á dir al juzgao y decir que so

vos el autor del escrito."

—Animarme, me animo—dijo yo—

pero ¿qué debo hacer?

—Eso no más—dijo él—sostuve

que vos sos el autor."

—Güeno—dijo yo: y jui á la audiencia y me declaré autor, y aunque el procurador del comesario patiaba y ri

blaba, yo seguí alegando y no hubo qui

hacerle: el juez tuvo que acetarme por

parte, y después que leyeron la dicta

ración, me alcanzó la pluma pa firmar.

¡Junamente!... Ese piacito no lo li

vaba preparao; pero para qué me ba

bía refregao tanto con gente de letra?

—Disculpe, señor juez!—dijo.—No

sé escribir!...

—Cayó en el garito!—gritó el pro

curador loco de contento.—Y el ju

me dijo furioso:

—Te pensás burlar de la justicia?

—Cómo tenés la desfachatés de dec

que vos sos el autor del escrito, si no

sabés escribir?

—Soy el autor, si señor—dijo yo,

acordándome de mi primer patrón al

di:—No sé escribir, señor juez... pe

sé ditar!...

—Y asina los pité en cachimbo á la

letraos!—concluyó el viejo largando una

carcajada que el auditorio coreó estr

pitosamente.

JAVIER DE VIANA

